
PROFECÍAS DE LA BIBLIA RELATIVAS A MARÍA.

DISCURSO I.

Memoria mea in generationes sæculorum.

Se hará memoria de mí en toda la serie de los siglos.

(ECCLE. XXIV, v. 28.)

Dos mil años hace, que no ha cesado el universo católico de pregonar las grandezas de María. Su memoria, siempre viva en el agradecimiento y en el amor de los hijos de la gracia, no se debilitará jamás; y cuando hayan transcurrido los siglos como un río seco, el nombre de nuestra divina Madre vivirá todavía más plenamente en el seno de la eternidad inmutable y permanente.

Mas el culto de la Virgen Santísima no abraza solamente los tiempos trascurridos desde su paso por este mundo, de cuya salvacion fué el instrumento dándonos al Hombre Dios: podemos afirmar sin recelo, que los justos de la ley natural y de la ley escrita mitigaron su destierro fijando sus proféticas miradas sobre el destino de la Madre del Mesías, que llena los siglos de la promesa, así como es la gloria de los siglos cristianos; y entónces viene á ser evidente la verdad de estas palabras: *Memoria mea in generationes sæculorum.*

Hoy voy á probar, hermanos míos, que la Biblia encierra una porcion de profecias, cuyo objeto principal es la Virgen purísima; y haceros comprender, como el dogma de su milagrosa maternidad alivió las esperanzas de los justos que vivieron en los siglos preparativos del Evangelio; y como los santos patriarcas, que cumplido su destierro fueron á aguardar el día de su redencion en el seno de Abrahán, refrigeraron su alma con las esperanzas en la promesa del Mesías. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

La dicha de nuestros primeros padres en el Jardin de las delicias no fué más que una rápida parada entre su vocacion y su caída. Ven-

cidos por el envidioso arcángel, debieron tener atormentada su alma de una desesperacion infinita, y nunca nos podremos formar una idea del terror que se siguió á su prevaricacion, y fué el primer castigo de su caída vergonzosa. La serpiente tentadora debió figurarse despues de su victoria, que había destruido para siempre el plan divino de la apotéosis del humano linaje por la encarnacion del Verbo. El crimen de nuestros primeros padres acababa de hundir á la especie humana en un degradacion universal: toda ella estaba manchada; y ¿cómo de un tronco marchito había de salir el Mesías? ¿Cómo se le había de hacer producir la Mujer por excelencia, la Virgen sin mancha, la divina Eva, la gloriosa reparadora de las humillaciones de nuestra madre segun la carne? Consolémonos, hermanos míos: Satanás será sepultado en su triunfo, y hallará un escollo en sus propias redes, y un naufragio eterno donde había esperado alcanzar una victoria insolente. María será Madre del Verbo encarnado, Madre del Redentor, la fianza y la víctima de la humanidad degradada, ántes de ser el glorificador y reparador del hombre caído. El Calvario permitirá que la justicia y la misericordia divina se den en la cruz el ósculo de una reconciliacion eterna. La Virgen inmaculada saldrá de un tronco seco y marchito; pero, desde el primer instante de su formacion en el seno materno la cubrirá la gracia de su Hijo y su Dios; y siendo hija de aquella Eva que nos perdió, será prometida á la tierra como su más cara esperanza. Recojamos las primeras palabras que nos ha transmitido el libro de la revelacion para gloria de la nueva Eva, de la madre inmortal del nuevo Adán. Una mujer, dice Dios al arcángel caído, quebrantará tu cabeza: *Ipsa conteret caput tuum* (1). La Iglesia, que no admite otra version canónica de la Biblia más que la Vulgata, ha mirado siempre estas palabras sublimes como el anuncio profético de la victoria que debía alcanzar María sobre la antigua serpiente; y la tradicion entera al comentarlas, ha hallado siempre en ellas los primeros rayos del destino de la Madre de Cristo.

Ahí pues, tenemos, mis amados hermanos, la promesa de la Virgen Santísima para colmar las esperanzas de la humanidad desde los primeros dias del mundo. Y cuando añade el Espíritu Santo: Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, es evidente para la conciencia, que quiso manifestarnos que, segun el plan concertado en los consejos eternos, el espíritu más soberbio sería vencido por la mujer más humilde. Estas palabras son un oráculo profético del poder de María

(1) GEN. III, v. 15.

sobre las legiones infernales; y si lo consideramos de cerca, quedaremos convencidos, de que la Sabiduría divina, publicando desde el origen de los tiempos el ódio profundo, eterno y terrible que debe existir entre la Virgen por excelencia y la antigua serpiente, nos deja vislumbrar la inmortal prerogativa, en cuya virtud se librárá María del anatema que condenaba todas las generaciones á una mancha original. Bendigamos, hermanos míos, las misericordias infinitas del Dios de todo consuelo, al ver reanimar con su inefable clemencia aquellos dos grandes reos que Lucifér ha puesto debajo de sus piés, lisonjeándose de haber destruido sus esperanzas. Saludemos á María en las auroras de los tiempos, y asociémonos al amor de esta divina Madre, de que debió penetrarse el corazón de nuestros primeros padres durante el largo luto de su penitencia.

Ahora meditemos las palabras de esperanza que derramaba Dios en el corazón de Abrahán, Isaac y Jacob, á fin de hacer siempre más vivas para ellos y su posteridad las promesas que miraban al Mesías; promesas que llenaron los tiempos antediluvianos, y que transmitió Noé como una herencia á sus tres hijos. En una de aquellas noches tan serenas y apacibles del hermoso clima de la Caldea, tomando Dios de la mano á su siervo Abrahán, le llevó en medio de una espaciosa llanura, y le dijo: «Levanta la cabeza y cuenta si puedes las estrellas: tu posteridad será más numerosa que los astros del firmamento, y todas las tribus de la tierra serán benditas en el que saldrá de ti (1).» El Hombre Dios y la Mujer divina habían sido predichos á nuestros primeros padres; pero ¿de qué familia nacerá el Mesías? Dios se lo manifiesta á su siervo Abrahán, y este gran patriarca recibe de la boca misma del Altísimo la solemne promesa que la Madre del Mesías saldrá de su descendencia. Observemos, hermanos míos, que estas inmortales palabras no tienen aplicacion positiva y directa más que al divino Hijo de María. En efecto; Abrahán fué padre de una posteridad, que en cuatro mil años no ha podido desaparecer del mundo. Los judíos, esparcidos por toda la tierra descienden de Abrahán, y ellos solos en medio de todos los pueblos vivientes pueden encontrar el rastro de su origen, que sube más allá de todos los imperios conocidos. Mas, entre los hijos de Abrahán, ¿quién es el que debe echar sobre el género humano la bendicion prometida al santo patriarca? San Pablo tiene cuidado de advertirnos, que no dice Dios á Abrahán: Todas las tribus de la tierra serán ben-

(1) GEN. XV, v. 5.

ditas en los que salgan de tí, sinó en el que salga de tí: *Non in seminibus, sed in semine* (1). Luego, solo de uno de los hijos de Abrahán debe provenir esta bendiccion universal. Así la nacion judía, considerada sobre todo de diez y ocho siglos acá, léjos de ser la bendiccion y gloria del mundo, es, por el contrario, la ignominia, y la plaga de él. Pues si no hubiese venido el Mesías, ni salido de la descendencia de Abrahán, ni derramado las bendiciones de su gracia y su Evangelio sobre el universo, habría que decir, que léjos de haber cumplido Dios las promesas hechas á Abrahán, había marcado la memoria del santo patriarca con una especie de ignominia é infamia cuando desechó á los hijos carnales de tan gran varon. A medida que trascurren los siglos, derrama más vivos resplandores la luz de tan gran promesa. Los profetas del Dios de Israel no se limitan ya al hecho de la venida futura del Mesías, sinó que describen todas las circunstancias, y forman la historia más especificada de él; y parece que su amor descansa con inefables transportes de júbilo en las glorias de la Virgen que debe dar á luz un Dios.

Oigamos á David, descendiente de la tribu de Judá, á este sublime pastor, que llegó á ser el rey de la nacion heredera de las promesas, y está destinado á ser abuelo de la Madre de Cristo. «La principal gloria de la hija del rey está en su interior (2).» «Escucha hija, y mira é inclina tu oído, y olvidate de tu pueblo y de la casa de tu padre, y el rey se enamorará de tu beldad (3).» «El Señor ha consagrado su tabernáculo (4).» «El que me crió ha descansado en mi seno (5).» «La reina se sentó á tu derecha con vestido bordado de oro, y engalanada con varios adornos (6).» «Serán presentadas al rey las vírgenes que han de formar el séquito de ella: ante tu presencia serán traídas sus compañeras (7).» En las palabras que acabamos de citar, así como en otros cien pasajes de los himnos sagrados de David, ha descubierto siempre la Iglesia por sus doctores, teólogos y predicadores, una série de oráculos proféticos sobre el destino de la Madre de Cristo.

Salomon llenó los libros que le dictó el Espíritu Santo, de las prerogativas y alabanzas de la Virgen Santísima; y la liturgia romana,

- (1) GAL. III, v. 16.
- (2) PSALM. XLIV, v. 14.
- (3) PSALM. XLIV, v. 12.
- (4) PSALM. XLI, v. 5.
- (5) ECCLES. XXIV, v. 12.
- (6) PSALM. XLIV, v. 10.
- (7) PSALM. XLIV, v. 14.

que debe ser la de todo el universo católico, ha tomado sin cesar de las sublimes páginas del rey más sabio la apologia de las grandezas de nuestra Señora. «Desde el principio de sus caminos me poseyó», exclama la Virgen por boca de Salomon. «Desde la eternidad tengo yo el principado (1).» Aún no existían los abismos, ya era yo concebida. Yo soy la Madre del amor hermoso. Yo he hecho penetrar las raíces de mi gloria hasta las entrañas de los pueblos. Yo he crecido como el plátano (2). «A la manera que el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las doncellas (3).» «Eres toda hermosa, amiga mia, y no hay mancha en tí (4).» «¿Quién es esa que se adelanta como la aurora al salir, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército formado en orden de batalla (5)?» «Mi hermana es un huerto cerrado, fuente sellada. Vén del Libano, esposa mia, vén del Libano, vén, y serás coronada (6).» «¿Quién es esa que sube del desierto inundada de delicias, apoyada en su amado? Parece al humo del incienso y de la mirra (7).

Oigamos á Isaías. «No están lejanos los tiempos, exclama el hijo de Amós: hé aquí que una Virgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emmanuel (8).» La virginidad inmaculada de María, su divina fecundidad, el abatimiento del Verbo y las grandezas de su Madre se recapitulan en estas palabras sublimes: hé aquí que una Virgen concebirá y parirá un hijo. «Y saldrá un renuevo del tronco de Jessé, y de su raíz se elevará una flor (9).» Este renuevo es la Virgen sin mancha: esta flor es el Verbo encarnado: así lo han entendido todos los comentadores católicos. Y ¿era posible expresar el glorioso privilegio de la maternidad divina por medio de una imágen más bella? «Lluevan las nubes el justo, continúa Isaías: ábrase la tierra y brote el Salvador (10).» Estas dos brillantes imágenes poéticas junto con la que hemos citado ántes, son la explicacion más magnífica de la gran profecía de Isaías: hé aquí que una Virgen concebirá y parirá. El seno de María es un renuevo siempre verde, que dá

- (1) PROV. VIII, v. 22.
- (2) PROV. XXIV, v. 19.
- (3) CANT. II, v. 2.
- (4) CANT. IV, v. 7.
- (5) CANT. VI, v. 9.
- (6) CANT. IV, v. 8.
- (7) CANT. VIII, v. 5.
- (8) ISAI. VII, v. 14.
- (9) ISAI. XI, v. 1.
- (10) ISAI. XLV, v. 8.

la preciosa flor de la gracia y la salvacion: es un cielo que derrama un rocío divino: es una tierra que ha producido el fruto de vida; mas el renuevo que crece en su raíz, la flor que se abre, el rocío que cae del cielo, y la planta que sale del seno de la tierra, son las imágenes más puras y verdaderas de la virginidad de María unidas á su divina fecundidad.

«Una mujer, ó más bien la mujer, dice Jeremías, llevará al hombre en su seno: *Fœmina circumdabit virum* (1).» Desde el origen de los tiempos, las madres no han llevado en su seno más que hijos malditos: así, cuando Jeremías nos asegura, que la mujer llevará en su seno al hombre, predice la divina fecundidad de la mujer por esencia, y anuncia á la tierra la concepcion divina del Verbo encarnado y el parto divino de María.

Luego, mis amados hermanos, ó hay que acusar de impostura la interpretacion constante, uniforme y universal de nuestros Libros santos por la Iglesia católica, ó tenemos que confesar, que la Biblia contiene una porcion de profecías, cuyo objeto, fin y causa es la Virgen Santísima. La expectacion del Mesías constituía la esencia de la fé de los patriarcas, y en esta deliciosa esperanza hallaban el remedio de la pena lenta de un largo destierro, y de los males con que era probada su virtud. La promesa de un Redentor divino no estaba reducida á la descendencia de los hijos de Jacob: los de Noé la habían dejado como herencia de gloria á toda la tierra; y Job, que fué contemporáneo de Moisés, exclamaba en el seno del gentilismo: «Sé que mi Redentor vive (2).» Notemos esta expresion prodigiosa: «Sé que mi Redentor vive.» El Cristo era ayer, es hoy, y será eternamente. No dice Job: Sé que mi Redentor vivirá, sinó tengo la certeza, sé que vive: confesion sublime de la divinidad de Cristo y de la union personal del Verbo divino con la naturaleza humana, porque el santo varon añade: «Y en mi carne veré á mi Dios;» lo cual es imposible sinó se encarna el Verbo eterno, si no se reviste de nuestra humanidad. Es tan viva esta esperanza en el corazon del profeta de la tierra de Hus, abraza su alma en un fuego tan suave, que declara, que esta esperanza descansa en su seno, y le recrea sin cesar con deleitable recuerdo: *Hæc spes reposita est in sinu meo*. «Jerusalén, dice el santo Tobías, tú resplandecerás con una luz brillante, y todos los confines de la tierra te adorarán... porque invocarán un nombre

(1) JEREM. XXXI, v. 22

(2) JOB XIX, v. 26.

grande dentro de ti. Yo seré dichoso si los restos de mi descendencia llegaren á ver el resplandor de Jerusalén (1).»

Así, pues, el dogma de la divina Maternidad fué el gran pensamiento de los patriarcas y profetas del pueblo de Dios. «Abrahán, decía el Salvador del mundo, ardió en deseos de ver mi día: le vió, y se regocijó (2).» ¡Ah, cristianos! la razon es, que la luz de la gracia había enseñado á aquel patriarca á conocer el precio de la vida sobrenatural, de la regeneracion divina que debía traer al mundo al Hijo de María. El tiempo de la prueba era una especie de martirio para Abrahán, tan impaciente estaba por renacer en Jesucristo, su Padre, segun la gracia, su Señor y su Dios. «Vió aquel día tan deseado y se regocijó: *Vidit, et gavisus est*.» San Pablo compendia en una expresion enteramente profética y divina el lado sobrenatural de la vida de los justos y santos de la ley antigua, cuando nos dice: *A longe aspicientes et salutantes*: Mirando de léjos y saludando (3). Adán, Abél, Henoch, Noé, Abrahán, Isaac, Jacob, Josef, Levi, Moisés, Josué, Samuel, David y Salomon, Isaías y todos los profetas; Job y todos los santos de los siglos de expectacion; pasaban su vida contemplando con la luz de la fé el gran misterio del anonadamiento del Hijo de Dios en el seno de la Virgen destinada á ser Madre suya. Miraban de léjos y adoraban. Pero no se mira más que lo que se ve: ¿cómo, pues, veían lo que no existía aún? Lo veían de léjos, por entre los siglos, en las edades remotas. Miraban á Nazaret, Belén, Jerusalén, el monte Olivete, el Tabor y el Calvario; y miraban estos lugares con una mirada de esperanza, de deseo y amor. Adoraban el misterio del Cristo, y quedaban absortos en presencia de las grandezas futuras de su divina Madre.

Mirar de léjos, amar, adorar al Mesías; contemplar, amar y venerar á su casta Madre, esa fué la vida de los santos de la ley figurativa. ¡Oh! y ¿cómo nos condenarán en el día de las justicias la fé y el amor de los justos de aquellos tiempos lejanos! Innumerables siglos los separaban de las santas realidades de la gracia, y ellos las contemplaban y adoraban de léjos; y nosotros, que vivimos en medio de estas prodigiosas maravillas, que estamos cargados de las misericordias de la gracia y de la sangre de Jesucristo, y que podemos orar al pié de los altares de María, no sabemos contemplar ni adorar estas cosas. Nosotros hemos venido despues del cumplimiento, y los santos patriar-

(1) TOB. XIII, v. 13.

(2) JOAN. VIII, v. 56.

(3) HEBR. XI, v. 13.

cas vivían en la expectacion de lo que se ha cumplido; deseaban y buscaban lo que poseemos. Miremos pues de cerca lo que ellos adoraban de tan léjos, y vivamos de amor como ellos vivían de esperanza. Los justos de los tiempos antiguos tenían sed de la venida del Cristo, de las bendiciones de su divina Madre, y de los misterios de la gracia, y su sed no podía apagarse. Descubrían la fuente de vida, y la veían correr á lo léjos; pero no podían aún refrigerar su alma en ella. ¡Ah! somos unos desgraciados ciegos é ingratos. El agua de la verdadera vida corre para nosotros á torrentes, se derrama por todas partes, y mana hasta la eternidad: vamos, pues, á beber su agua divina, vamos á refrescar nuestra alma, vamos á vivir para no morir más.

Añado, que el dogma de la Maternidad divina, objeto de la esperanza y del amor de los patriarcas, fué como un cielo anticipado para los justos que fueron á parar al seno de Abrahán despues de su muerte. «Lázaro murió, leemos en S. Lucas (1), y fué llevado por los ángeles al seno de Abrahán.» Pero ¿por qué esta mansion de los justos se llama el seno de Abrahán y no el de Adán ó cualquier otro patriarca? Porque la fé de Abrahán y el mérito de su obediencia le valieron la gloria de ser el padre de todos los creyentes, el tutor y guardian del sagrado depósito de los escogidos, hasta el dia en que penetrando en los limbos el Cristo Redentor, los hizo contemplar la luz beatífica de su alma, y derramó sobre ellos los resplandores de su gloria. Mas ¿qué hacían, preguntareis vosotros, aquellos innumerables hijos de la promesa que fueron llevados al seno de Abrahán? Pensaban en el dia del Cristo y en las glorias de su divina Madre, y vivían, no ya con una esperanza mezclada de temor, sinó gustando la infalible seguridad de poseer á Aquel que habían columbrado de léjos y saludado con los deseos de su alma.

¡Ah! Si durante su destierro habían podido librarse de las distracciones de una naturaleza sujeta á tanta miseria; si bajo el imperio de la noche y de la sombra de la luz figurativa se habían fatigado, por decirlo así, sus ojos, en mirar de léjos los misterios de la salvacion y la gracia; ¿cuáles no serían sus transportes cuando, desprendidos de los lazos corporales y desembarazados del peso de nuestra mortal existencia, se vieron reunidos en este lugar que llenaba solamente la idea de Cristo y su divina Madre? Entónces fué cuando se cumplió plenamente para ellos la expresion de S. Pablo: *A longe aspicientes et*

(1) CAP. XVI, v. 22.

salutantes. Contemplaban las maravillas de Cristo y el gran destino de María, que se habían trasparenteado, por decirlo así, para ellos en la luz de una vision ya enteramente celestial. David, Isaías, Jeremías y Daniel, habían señalado los tiempos de María, y celebrado la gloria de la Virgen inmaculada; pero las almas detenidas en el seno de Abrahán conocían el número de los dias de la esperanza. Para ellas habían desaparecido las oscuridades inseparables de los santos oráculos ante la claridad de una intuicion siempre creciente. ¡Cómo me complazco en figurarme la dicha de aquellas almas grandes, cuando los ángeles del Cielo fueron á anunciarles el cumplimiento del misterio de la Encarnacion y del nacimiento del Hijo de Dios! ¿Quién me dirá los inefables transportes que experimentaron, cuando los ilustres padres de nuestra Señora, Joaquin y Ana, la madre del Bautista, este mismo glorioso precursor de Cristo, y aún S. José, fueron á esperar en el seno de Abrahán por algunos dias el completo cumplimiento de la venida del Mesías? ¿Quién dirá los misteriosos coloquios de todas aquellas almas? ¿Quién referirá las cosas que se dijeron, el gozo que sintieron, y el amor que las consumía santamente, á medida que llegaba el dia de su eterna union con el divino Hijo de María?

¡Ah! mis amados hermanos, esta mística tan familiar á las almas contemplativas se oculta á nuestra apática indiferencia. Nosotros somos todo fuego para esas miserables fruslerías que fatigan nuestra existencia; y los gozos profundos y eternos de la gracia que nos mereció la sangre de Cristo y nos prepara el amor de María, nos dejan en nuestro sueño. Nuestra egoista ambicion quisiera llenar toda la tierra; deseáramos ocupar un lugar en todos los corazones; y no sabemos entrar por la oracion en un comercio misterioso de amor con los ángeles y los santos. Nuestra actividad enfermiza no descansa jamás en el lugar donde está puesto su lecho de dolor; y no sabemos penetrar por la fé, la esperanza y la caridad en esas pasmosas regiones de la gracia, que habita Jesús con su santísima Madre.